



# ¿SANTIDAD VRS HUMANISMO?

ROLANDO ECHEVERRÍA

En tiempos recientes, varios pensadores de distintas tendencias, pero cobijados todos bajo la bandera del humanismo, lanzaron serios ataques contra la religión, y en particular contra el cristianismo, por ser la religión dominante en Occidente.

Aunque sus doctrinas obedecen a intenciones muy variadas y difieren en sus contenidos y argumentaciones, se puede decir que todos ellos están de acuerdo en considerar la religión como un mero producto cultural e histórico que debe ser desechado, pues fomenta la inmadurez, el infantilismo, la dependencia e impide al ser humano lograr su pleno desarrollo y alcanzar ese es-

tado de madurez y autonomía propio de un adulto.

Uno de los que ha descargado especialmente sus baterías contra la religión cristiana, y cuyo pensamiento ha tenido gran difusión, es el alemán Federico Nietzsche. Éste culpa al cristianismo de promover la negación de los auténticos valores humanos y de oponerse a la vida y a la felicidad de los hombres. Recurriendo a una sátira aguda y despiadada a la vez, señala que, con su ideal de "obediencia", "docilidad a la voluntad de Dios", "mortificación de la carne", "lucha contra las pasiones", "compasión por los más débiles", "amor a la pobreza", "odio al pecado", etc., el cristianismo no hace más que impedir que los impulsos vitales del ser humano se desarrollen. El producto de tales enseñanzas no es otro que grandes

masas humanas sumidas en el infantilismo, incapaces de tomar decisiones por sí mismas por temor a ofender a Dios, que desconfían del desarrollo científico ya que éste puede menoscabar el poder divino, negadoras del placer y de todo lo bueno que ofrece la vida porque es considerado pecaminoso. Los fieles cristianos no serían más que un "rebaño" sin iniciativa ni autonomía, bajo el dominio de la casta clerical. En palabras del mismo Nietzsche, en su obra *El Anticristo*: "¿Cómo se puede hablar de los beneficios humanitarios del cristianismo? Para mí, los «beneficios» del cristianismo han sido convertir a la humanidad en algo contradictorio... despreciar todos los instintos buenos y honrados, y sentir repugnancia ante éstos. (...) Habría que añadir que el parasitismo ha sido lo único que ha practicado la Iglesia, que, con su ideal de

*Los grandes ideales no deben reservarse a unos pocos, al grupo seleccionado de los "elegidos", sino a todos, porque para todos hay una vocación y una misión, un "sueño" que realizar, una causa que llevar adelante, una meta que alcanzar.*

*P. Pascual Chávez*



anemia y de santidad, se ha bebido hasta la última gota de sangre, de amor y de esperanza vital; que con su ideal del «más allá» ha querido negar toda realidad; que bajo el signo de la cruz ha llevado a cabo la más subterránea conspiración que jamás ha existido contra la salud, la belleza, la buena constitución, la valentía, la inteligencia y la bondad del alma: contra la vida misma, en suma” .

Hay que reconocer que, en algunos momentos de la historia, la presentación del ideal cristiano ha sido merecedora de los reproches de Nietzsche. A veces, en efecto, se ha propuesto una espiritualidad consistente en la práctica de una devoción muy intimista, desligada del compromiso en favor del prójimo; o en la religiosidad del temor al infierno o al castigo, más que la del amor y la libertad; o en la mortificación y la “fuga” del mundo, más que el sano disfrute de los bienes terrenos; o en la oposición al progreso científico, por refugiarse en la comodidad de prejuicios y esquemas preconcebidos; o se ha caído en el infantilismo doctrinal y moral, en donde el fiel creyente no es capaz de discernir y tomar decisiones por

**«El cristiano no desprecia este mundo, ni nada de lo auténticamente humano, precisamente porque cree en un Cristo que asumió la naturaleza humana y compartió lo terreno para santificarlo y divinizarlo/»**

sí mismo. Resulta así un concepto de santidad que se hace consistir en apartarse de la vida ordinaria y normal de todo ser humano, como si el “santo” fuera un ser raro, extraño a las vicisitudes y ajetreos de este mundo; un ideal reservado sólo a ciertos privilegiados, o a los que están dispuestos a alejarse del mundo y a refugiarse en una “devoción” que huele a novenas, rezos e incienso, a sacristía y al humo de las veladoras. Se trata de un ideal del que huyen sobre todo los jóvenes.

La apasionada crítica de Nietzsche, como la de muchos otros escritores contemporáneos, logró sacudir la conciencia de los creyentes y de los hombres de Iglesia. Es lo que lleva, por ejemplo, al sabio jesuita Teilhard de Chardin a afirmar con energía: “En nombre de nuestra fe, tenemos el derecho y el deber de apasionarnos por las cosas de la tierra”. Y hace hincapié en que el cristiano no

desprecia este mundo, ni nada de lo auténticamente humano, precisamente porque cree en un Cristo que asumió la naturaleza humana y compartió lo terreno para santificarlo y divinizarlo, pero de ninguna manera para despreciarlo ni rebajarlo. Por eso, todo esfuerzo del hombre por superarse y desarrollarse, todo intento de promoción de sí mismo y de los demás, debe verse como un impulso que está en continuidad con el misterio de la encarnación del Hijo de Dios: “Todo crecimiento que yo me confiera, o que yo confiera a las cosas, se cifra en un aumento de mi poder de amar y en un progreso de la feliz ocupación del Universo por Cristo. (...) Ejercitémonos hasta la saciedad sobre esta verdad fundamental, hasta que nos sea tan familiar como la percepción del relieve o la lectura de las palabras. Dios, en lo que tiene de más viviente y de más encarnado,

## Sólo en la vida de gracia, es decir, en la amistad con Cristo, se alcanzan en plenitud los ideales más auténticos”.

no se halla lejos de nosotros, fuera de la esfera tangible, sino que nos espera a cada instante en la acción, en la obra del momento. En cierto modo, se halla en la punta de mi pluma, de mi pico, de mi pincel, de mi aguja, de mi corazón y de mi pensamiento”. (Teilhard, El medio divino)

Santidad no es de ninguna manera rebajamiento de lo humano o renuncia a los valores auténticos del vivir humano. Ni mucho menos es refugiarse en una campana de cristal para no “contaminarse” de las cosas de este mundo. La santidad se construye sobre la base de la propia humanidad y a partir de ella, promocionando y desarrollando las cualidades y los talentos de que nos ha dotado la naturaleza. Don Bosco, fiel heredero del humanismo de San Francisco de Sales, lo entendió perfectamente y supo proponer un ideal de santidad en total sintonía con los valores humanos. Por eso su pedagogía, que es también espiritualidad, encontró de inmediato un eco extraordinario entre los jóvenes de su oratorio. Algunos, como Domingo Savio, supieron asimilarla en grado extraordinario.

En su agualdo de este año, el Rector Mayor afirma que “los jóvenes tienen energías de bien que desarrollar, energías que encuentran el mayor dinamismo en la opción por Jesús y por su Evangelio”. Y es que el evangelio genuino y bien presentado no apaga ni disminuye las energías juveniles, sino que las orienta y promueve para que encuentren su

pleno cumplimiento, en sintonía con el modelo auténtico de humanidad, Jesucristo, el “nuevo Adán”. Y citando un párrafo del Papa en la carta *luvenum Patris*, el P. Pascual reafirma que el secreto de Don Bosco “estuvo en no decepcionar las aspiraciones profundas de los jóvenes – necesidad de vida, de amor, de expansión, de alegría, de libertad, de futuro– y simultáneamente en llevarlos gradual y realísticamente a comprobar que sólo en la vida de gracia, es decir, en la amistad con Cristo, se alcanzan en plenitud los ideales más auténticos”.



De ninguna manera se sentían decepcionados los jóvenes ante el ideal propuesto por Don Bosco. Por el contrario, encontraron un eco a sus aspiraciones más profundas, cuando supieron captar que el teatro, la música, el deporte, los paseos, el trabajo, el estudio, el aprendizaje de un oficio, la convivencia alegre y familiar, todo ello armonizaba perfectamente con la práctica gozosa y en clave juvenil de la religión cristiana. Humanismo y cristianismo son un binomio inseparable y constitutivo de la espiritualidad y el sistema educativo salesianos. De ahí la fórmula sintética en que solía expresarlo Don Bosco: formar “honrados ciudadanos y buenos cristianos”. Ni el santo apaga al ser humano, ni éste desvirtúa al santo. Ambos se complementan y desembocan en ese desarrollo pleno, armónico, logrado de la persona, en que consiste la santidad genuina.



*El alto grado de vida cristiana ordinaria pedido por Don Bosco se podía sintetizar en tres valores que él repetía de varias maneras: Alegría, Estudio, Piedad.*

*Expresión que no era muy diversa de otras semejantes, como por ejemplo: alegría y perfecto cumplimiento de los deberes.*

*Pero la cosa más importante es comprender, en base también a otras intervenciones educativas suyas, qué quería significar Don Bosco con estos lemas.*

*Ante todo, la meta era la conformación con Cristo por medio de la obediencia y la humildad, que son la fuente de la verdadera ciencia, la que lleva a darnos totalmente a Dios y a servir a los demás y encontrar ahí la felicidad.*

*No largas oraciones ni sacrificios que no se adaptaran a la edad de los adolescentes, sino alegría y cumplimiento de los deberes, religiosos, académicos y comunitarios.*

*P. Pascual Chávez*



# LA IDEA DE SANTIDAD EN LA BIBLIA



La santidad constituye el compromiso moral del cristiano

MARIO FIANDRI

La idea de santidad está presente en todas las religiones, aunque con acentos y perspectivas diversos.

El equivalente hebreo de nuestras palabras santo (qadosh) y santidad (qodesh) se hacen derivar de la raíz hebrea qadah, o sea separar, segregar, apartar. De este modo, el significado fundamental del término bíblico «santo» resulta ser, etimológica y semánticamente, el de separado, segregado, apartado.

Israel tomó la terminología relativa a la santidad de la cultura cananea. Pero llevó a cabo una profunda reinterpretación de esta concepción,

convirtiendo los términos santo, santidad, santificar en unos de los más característicos y significativos de toda la revelación bíblica.

## LA SANTIDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En la literatura bíblica del Antiguo Testamento la santidad se caracteriza por su conexión con Yahveh; es atribuida a Dios: No hay santo como Yahveh. Santidad es la esencia de Dios. El Señor es santo, santo, santo, lo cual significa que la santidad constituye la dimensión típica y absoluta de su ser. El término santo indica a Dios en cuanto Dios,

Efectivamente, en todo el Antiguo Testamento, santo es un término que únicamente puede aplicarse de modo absoluto y total sólo al Señor (Yahveh); es como la definición de Dios.

Calificando a Dios como El Santo, la Escritura afirma su diferenciación respecto a todo lo creado, su distinción frente a todo lo que implique no sólo pecado o impureza, sino también imperfección o límite, y por tanto su densidad y perfección ontológica, la plenitud de su ser, la absoluta riqueza e intensidad de su existir.

Sin embargo, esta dimensión ontológica única de la santidad divina, no significa una realidad estática, ni



El “santo de Israel” se manifiesta al hombre para hacerlo participe de su vida y de su ser.

tampoco una cualidad que lo aleja de todo lo creado, convirtiéndolo en un ser ‘solitario’, al que repugna toda comunión o comunicación. Todo lo contrario: el Dios tres veces santo se ha hecho presente en la historia y ha entrado en relación con los seres humanos.

Así la santidad divina, lejos de reducirse a la separación o a la trascendencia, incluye todo lo que Dios posee en cuanto a riqueza y vida, poder y bondad.

Esta dimensión salvífica de la santidad de Dios la subraya la expresión Santo de Israel. Si santo indica a Dios en cuanto Dios (y por tanto en su radical distinción del ser humano y de toda realidad creada), la expresión Santo de Israel pone de manifiesto el misterio de Yahveh, que justamente en cuanto Dios se comunica y se manifiesta al hombre para hacerlo participe de su vida y de su mismo ser. El Señor, en cuanto Santo de Israel, es sobre todo misterio de amor y de gracia, que ama con amor fiel y ternura esponsal.

En este contexto la santidad divina aparece como la fuente de la mise-

ricordia perenne que renueva y transforma la vida de Israel, que confiere al pueblo una santidad que no es meramente ritual, sino una dignidad infinita y divina, que lo distingue de los otros pueblos. La santidad de Israel es participación de la santidad divina, de su ser, de su vida y de su amor.

Y la elección no es debida a méritos particulares antecedentes de Israel; al contrario, brota únicamente del amor de Yahveh. Y la afirmación de que Israel es Pueblo santo para el Señor comporta la solemne declaración de que todos los israelitas son Hijos del Señor, su Dios.

En cuanto participación de la vida y de la familia de Dios, la santidad comunicada al pueblo asume necesariamente una connotación existencial y -por tanto- vinculante y exigente.

A la libre elección de Dios que le participa su santidad debe responder Israel santificándose.

Israel deberá expresar en todos sus caminos su identidad de Pueblo santo del Señor.

Por eso mismo, la afirmación de la santidad del pueblo de Dios esté relacionada con el compromiso que le incumbe a Israel de caminar por los caminos de su Dios, observando su ley.

La vida moral es expresión de la santidad misma de Dios, según lo afirma categóricamente la Ley de la santidad: Sean santos, porque yo, el Señor, su Dios, soy santo.

## LA SANTIDAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento acepta de la fe veterotestamentaria la noción de santidad y le confiere una particular intensidad de significado.

Según la fe del Antiguo Testamento, Dios comunicaba a su pueblo su misma santidad. Este anuncio sublime llena con luz nueva y deslumbrante todo el Nuevo Testamento.

Esa intensidad tiene su origen en la fe pascual de la Iglesia y en la experiencia del Dios único, que en Jesús se revela en su riqueza inefable de Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Esta comunicación de la santidad de Dios llega a su culmen en Jesús de Nazaret. La santidad de Dios en el Nuevo Testamento pertenece de modo total a Jesús.

Él es santo por ser, a título único, Hijo de Dios, por lo cual participa de la vida del Padre. Siendo El santo de Dios, recibe los mismos atributos de Dios: El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. Quien penetra hasta lo hondo de Jesús se ve situado ante Dios mismo.

La Iglesia, en cuanto comunidad de la nueva alianza, es el pueblo santo; es la familia de los que por vocación son santos; es la esposa santa e inmaculada.

La Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera -aunque todavía imperfecta- santidad.

La santidad de la Iglesia dice referencia, de una parte, a Cristo; y, de otra, al cristiano. No en vano el Nuevo Testamento designa a los cristianos como los santos. Se sigue de esto que el bautizado, aunque está en este mundo, ya no es de este mundo; pertenece a la nueva creación, que ha tenido comienzo en la resurrección de Cristo; y puede hacer suya la afirmación de san Pablo: Cristo vive en mí.

La santidad constituye así el fundamento del compromiso moral del cristiano: la vida nueva de la resurrección se manifiesta en la existencia cotidiana con toda su energía vivificadora y transforma a los santificados a imagen de Dios.

Por eso la moral del cristiano es moral de la nueva alianza, de la resurrección, del Espíritu. Por eso la existencia cristiana se caracteriza por la lucha, por la prueba, por la ascesis a lo largo de toda la vida, en un comportamiento digno de su estado, por alcanzar su plenitud moral a fin de llegar a actuar totalmente de acuerdo con Dios. El cristiano sabe que es objeto de una elección o llamada santa que le exige rom-



“Sed santos, porque Yo, el Señor su Dios soy santo”

per con el pecado y vivir de acuerdo con la santidad y la sinceridad que vienen de Dios. La santidad de los cristianos, que proviene de una elección divina, les exige la ruptura con el pecado: deben obrar «según la santidad que viene de Dios y no según la prudencia carnal».

En esta condición de ya (santo) y todavía no (totalmente santificado), el creyente lleva a cabo su propia santificación, creciendo de fe en fe, tendiendo a la perfección, o sea, abriéndose cada vez más al amor y a la gracia del Santo que lo santifica.

## LA CIUDAD SANTA DEL FUTURO

La fe pascual del Nuevo Testamento permite captar de manera aún más fuerte el nexo íntimo entre santidad y resurrección.

En la resurrección de Cristo se revela la santidad de Dios; en la participación de los bautizados en la resu-

rrECCIÓN del Señor se comunica la santidad divina por obra del Espíritu Santo.

Por eso la Iglesia, que tiene las primicias del Espíritu de santificación, se siente impulsada por su fe a contemplar la Jerusalén celeste, la ciudad santa del nuevo cielo y de la nueva tierra, cuando se haya cumplido el don del éxodo y de la alianza y nosotros estemos siempre con el Señor, hechos semejantes a él.

Esta contemplación no es una realidad incolora y abstracta; al contrario, se vuelve cada día, en la vida de la Iglesia y del cristiano, espera ardiente, vigilancia orante y amor activo.

La espera del Señor no es alienación ni evasión de los compromisos de la existencia, sino que se manifiesta como fuente de caridad coherente y concreta hasta el día en que no haya ni luto, ni lamentos, ni pena, porque el primer mundo ha desaparecido.






---

 SERGIO CHECCHI
 

---

Cuando uno se acerca a ese fenómeno histórico que es la Familia Salesiana, queda asombrado al encontrar en ella, entre otras cosas, un abundante florecimiento de santidad. En sólo 150 años de historia son casi 150 los que han sido reconocidos como santos por la Iglesia o están en lista de espera para ese reconocimiento. Y lo más asombroso es que en esa galería de santidad salesiana encontramos rostros de varones y mujeres, de religiosas y laicos, de obispos, sacerdotes y madres de familia, de mártires, misioneros y fundadores, de príncipes y obreros, de adultos y jóvenes. Sí, de jóvenes: de al menos once jóvenes. Gente de carne y hueso, gente de hoy. Muchachos de Italia, Polonia, España, Chile, Argentina... Se trata de una santidad cercana, moderna, al alcance de todos.

En el origen, por supuesto, está Don

Bosco, que supo crear en torno a sí un estilo de santidad y un ambiente de santidad. Él irradiaba santidad, animaba a la santidad, la ponía al alcance de sus muchachos, se la proponía como meta y los acompañaba en ese camino. Y obtuvo muchos frutos. Sí, porque no se trata sólo de aquellos 150 que están en lista en el Vaticano, sino de los tantísimos que en forma quizás menos llamativa, en diversos países y de diversas edades, creciendo a la sombra de Don Bosco, en parroquias, misiones, colegios y oratorios, han vivido "la alegría y el compromiso de la santidad, como alto grado de vida cristiana ordinaria".

## JUVENIL SALESIANA

Pero, ¿cuál era el secreto de Don Bosco, la receta que él daba

para la santidad? Un día de 1855 Don Bosco hizo a sus muchachos una plática sobre la santidad: "Dios quiere que todos seamos santos, ser santos en fácil, un gran premio les aguarda en el cielo a los santos". Para Domingo Savio, que escuchaba, eso fue una chispa. Cuando a los pocos días Don Bosco lo vio menos alegre que de costumbre, le preguntó si sufría algún malestar. Domingo le contestó: "Al contrario, lo que sufro es un gran bienestar: siento el deseo, la necesidad de ser santo". Y Don Bosco le dio la receta: "En primer lugar, conserva una constante y moderada alegría; y además, cumple siempre bien tus deberes escolares y religiosos".

La alegría de la que habla Don Bosco es la que brota de un corazón en paz con Dios, el efecto del deber bien cumplido, el fruto de la bondad hacia el prójimo. Esas cosas ya las cumplía Domingo Savio en alto grado; por eso desde entonces se le veía más alegre que antes. Algún día después Don Bosco añadió otro ingrediente a su receta: "Trabaja en ganar almas para Dios". Domingo Savio contestó: "Sería feliz si pudiera ganar para Dios a todos mis compañeros". Y eso es lo que procuraba hacer. Un día vio a un compañero que estaba solo y triste mirando el juego de los demás; era nuevo en la casa de Don Bosco. Se llamaba Camilo. Se le acercó Domingo, rápido se lo hizo amigo y, tras un breve coloquio, le compartió la receta de Don Bosco: "Aquí nosotros hacemos consistir la santidad en estar muy alegres. Procuramos huir del pecado, cumplir exactamente nuestros deberes y frecuentar las prácticas religiosas".

Pero no se trataba sólo de recetas. Todo el ambiente que Don Bosco supo crear en su Oratorio invitaba a la santidad. Su presencia, sus ejemplos, sus palabras, su sonrisa..., todo impulsaba a los muchachos a seguirlo por el camino de la santidad. Les daba la oportunidad de confesarse a menudo: confesión sincera, exigiendo cambio de vida. Los exhortaba a vivir siempre en gracia de Dios, para poder recibir frecuentemente la sagrada comunión. Los aconsejaba leer libros formativos y vidas ejemplares. Les inculcaba el amor a la Santísima Virgen y la imitación de sus virtudes. Para no apenarla los muchachos hacían cualquier esfuerzo. Las fiestas marianas se celebraban de una forma espléndida: había coro, banda y teatro.

¿Y qué más? Don Bosco cuidaba de que en su Oratorio no entraran personas peligrosas, panfletos sectarios, figuras obscenas, todo lo que pudiera poner en peligro la débil virtud de sus jóvenes. Les inspiraba amor a la Iglesia y al Papa; los ani-



Alegría que brota de un corazón en paz.

maba a ser pequeños apóstoles. Favorecía otro recurso maravilloso, verdadera pedagogía de santidad: las "Compañías". Eran lo que hoy llamamos grupos juveniles. La más fervorosa era la de la "Inmaculada Concepción", creada y animada por Domingo Savio. Estos muchachos iban a lo sólido: cumplimiento de sus deberes, vida sacramental, apostolado entre los compañeros estudiantes. De ella salieron muchos salesianos.

Viendo esa generosa siembra, ¿quién puede extrañarse de que Don Bosco haya cosechado tantos santitos de trece, quince, diecisiete años? Clausurado el año del Gran Jubileo 2000, el Papa nos ha regalado una carta preciosa, titulada "El Nuevo Milenio". En ella nos trae un programa pastoral y la primera entre las "prioridades pastorales" que nos propone es la santidad: "La santidad es más que nunca una urgencia pastoral... Todos los cristianos y cristianas de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana... Es el momento de proponer de nuevo a to-

dos con convicción este alto grado de vida cristiana ordinaria".

Es lo que hizo Don Bosco con sus muchachos: les facilitó la santidad, se la presentó posible, de rostro juvenil y festivo, aunque siempre exigente; supo crear una verdadera "pedagogía de la santidad". Desde entonces, evidentemente, el tiempo ha pasado, las circunstancias son otras, la cultura es distinta; pero la esencia de la santidad es la misma. Dentro de nuestra Familia Salesiana la propuesta de la santidad a los jóvenes hoy se llama espiritualidad juvenil salesiana. Sus núcleos fueron trazados en 1990:

- Espiritualidad de la vida diaria;
- Espiritualidad de la alegría y el optimismo;
- Espiritualidad de la amistad con Jesucristo;
- Espiritualidad de la comunión eclesial;
- Espiritualidad del servicio responsable.

Hay perfecta correspondencia con la propuesta de Don Bosco.



# Laura Vicuña

## CENTENARIO DE SU MUERTE

Laura del Carmen Vicuña Pino nació en Santiago (Chile) el 5 de abril de 1891.

Muerto el padre de improviso, la madre se refugió con las dos hijas en Argentina.

En el 1900 Laura fue acogida en el colegio de las Hijas de M<sup>a</sup> Auxiliadora en Junín de los Andes. Al año siguiente hizo su primera comunión y, como Santo Domingo Savio, hizo los siguientes propósitos: amar a Dios con todo su ser, mortificarse y morir antes que pecar; hacer conocer a Jesús y reparar las ofensas.

Después de haber intuido que la madre vivía en una situación de pecado, se ofreció al Señor por su conversión.

Su primer biógrafo, Don Crestanello, señala: «Laura sufría en el secreto de su corazón... Un día decidió ofrecer su vida y aceptar con gusto la muerte, a cambio de la salvación de su madre. Me rogó que bendijera su ardiente deseo. Yo estuve perplejo largo tiempo». Acentuó la ascesis y, con el consentimiento del confesor, abrazó con votos los consejos evangélicos.

Debilitada por los sacrificios y la enfermedad, murió en Junín de los Andes (Argentina) el 22 de enero de 1904, a la edad de 13 años.

En la última noche dijo: «¡Mamá, yo muero!. Le he pedido a Jesús desde hace tiempo ofreciéndole mi vida por ti, para obtener tu retorno



**Un día decidió ofrecer su vida y aceptar con gusto la muerte, a cambio de la salvación de su madre.**

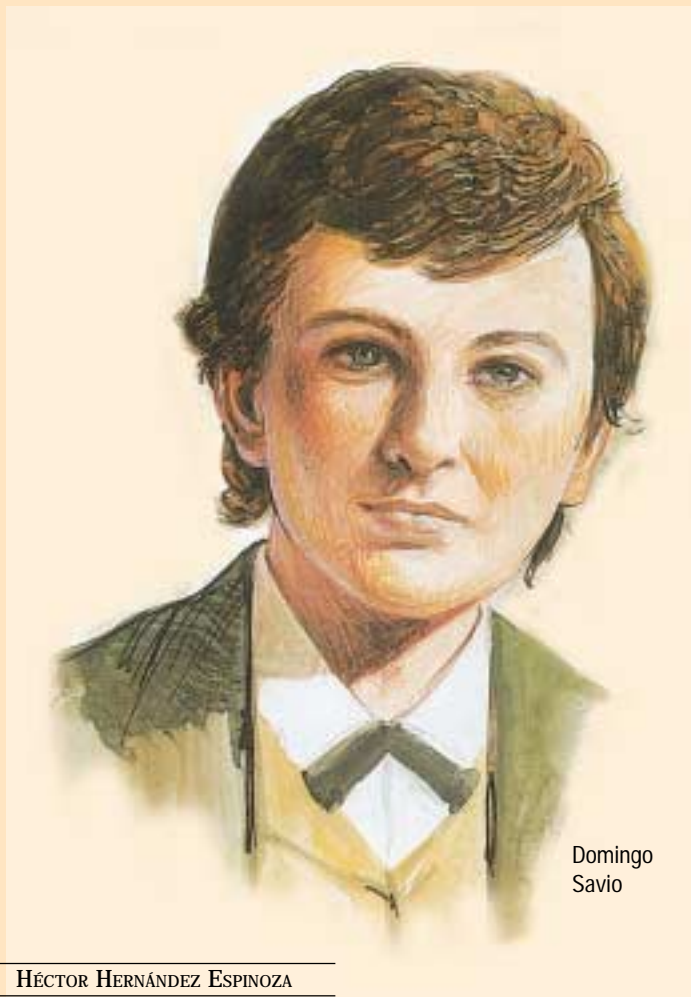
a Dios... Mamá, antes de mi muerte ¿no tendrás la alegría de verte arrepentida?».

En el día del funeral de Laura la madre vuelve a los sacramentos e inicia una nueva vida. Sus restos están en la Capilla de las Hijas de M<sup>a</sup> Auxiliadora en Bahía Blanca (Argentina).

El 3 de septiembre de 1988, en la Colina de las Bienaventuranzas Juveniles, con la presencia de miles de jóvenes participantes en el Confronto '88, el Papa Juan Pablo II la beatificó y la propuso a los jóvenes como modelo de coherencia evangélica llevada hasta la entrega del don de la vida, por una misión de salvación.



# SANTIDAD A LA MEDIDA



Domingo Savio

HÉCTOR HERNÁNDEZ ESPINOZA

¿Quieres ser santo? ¿Quieres que te ayude a hacerte santo? Preguntas como éstas eran con frecuencia formuladas por Don Bosco a sus jóvenes. Se puede afirmar que presentaba la santidad a la medida de cada uno de ellos. No tenía un estereotipo ya hecho, sino que iba trabajando con cada muchacho, respetando su capacidad y ritmo de respuesta.

A Juan Bosco, desde pequeño, se le fue indicando su misión; y cada vez fue entendiendo, con mayor claridad, que su campo de trabajo eran los jóvenes.

Una vez ordenado sacerdote, descubre que su sacerdocio es para los jóvenes; comienza a reunirlos y a caminar con ellos, busca a los jóvenes allí donde ellos se encuentran. Pero esto no es pacífico; sus colegas sacerdotes lo consideran loco, ya que no se ve bien que un sacerdote ande por las calles rodeado de

jóvenes de no muy buena fama, pues en su mayoría eran muchachos que vivían en las calles.

Era fácil preguntarse: ¿qué se puede sacar de esos muchachos? Sufrir las peripecias de ser expulsado de un lugar y de otro... Cualquiera se hubiera desalentado, pero Don Bosco no. Más bien, hace un acto de fe en los jóvenes. Por eso en adelante dedicará toda su vida a ellos.

Cuando buscaba un lugar para establecerse y atender mejor a sus muchachos, se presenta un señor que le dice: Don Bosco ¿es cierto que usted necesita un lugar para construir un laboratorio?

Aquel señor había entendido mal, pues no se trataba de un laboratorio, sino del Oratorio. Pero en sus palabras se puede descifrar una profecía, ya que Don Bosco convirtió el Oratorio en un verdadero laboratorio en donde transformó a jóvenes, que ni la sociedad ni la Iglesia les ponían atención, en honrados ciudadanos y buenos cristianos. Con toda propiedad, se puede hablar de un laboratorio de santidad.

¿Cuál fue el secreto del éxito de Don Bosco en la educación de los jóvenes? Sin duda, fue su intensa espiritualidad. Es decir, aquella fuerza interior que unía en él el amor a Dios y el amor al prójimo.

Esta espiritualidad hacía que Don Bosco se encontrara con los jóvenes, especialmente los más pobres, y en diálogo con cada uno les iba ayudando a descubrir la acción del Espíritu en su corazón. Por eso, su propuesta espiritual es a la medida de los jóvenes.

Esto lo había aprendido del humanismo cristiano de San Francisco de Sales, quien afirmaba que en el corazón de toda persona hay muchas posibilidades de bien. Lo que se necesita es saber acompañar a la persona.

Las biografías de Domingo Savio, de Miguel Magone y de Francisco Bessuco, escritas por el mismo Don Bosco, son una clara muestra de ésto.

En el caso de Domingo Savio, se trata de un joven con predisposiciones excelentes. Procede de una familia cristiana que le ha inculcado buenos principios y sanas costumbres, lo único que necesita es un "empujón" para ser santo.

Con las biografías de Miguel Magone y de Francisco Bessuco quiere demostrar que la santidad puede ser propuesta igualmente a cualquier tipo de joven.

Hay jóvenes que pueden ser calificados de "normales". Son aquellos que llevan una vida como la de todos, que viven una bondad natural, pero sin ser explotada. Tal vez pueden ser indiferentes, pero les pasa como a aquella buena tierra que nadie ha cultivado. Son jóvenes cuya espiritualidad no ha sido cuidada ni acompañada.

Otros podrían ser considerados "difíciles". Son aquellos que, por experiencias negativas sufridas, se vuelven agresivos y casi imposibles de convivir en la sociedad; aquellos que por falta de cariño desconfían de la ayuda de los demás.

Don Bosco aceptó el reto de encontrarse con estos jóvenes, de acompañarlos y educarlos porque estaba convencido de que la educación era cosa del corazón y no de apariencias.



Miguel Magone

Había entendido que la pedagogía de Dios, la paciencia de Dios, era la mejor forma para acompañar a los jóvenes.

Por eso, a jóvenes "excelentes, normales y difíciles" les propone el ideal más alto de la vida cristiana, acomodándose a cada uno, a su ritmo de vida.

Esta santidad al alcance de cada uno de sus jóvenes y que Don Bosco hizo vida en el Oratorio de Valdocco, la podríamos resumir en las siguientes características:

Una espiritualidad de lo cotidiano, es decir, la vida ordinaria, la de todos los días, como lugar de encuentro con Dios. No hace falta salir de lo que se hace todos días para encontrarse con Dios.

Una espiritualidad de la alegría en la actividad, que desarrolla una actitud posi-

tiva de esperanza en los recursos naturales y sobrenaturales de las personas y presenta la vida cristiana como un camino de felicidad.

Una espiritualidad que se alimenta de amistad y relación profunda con la persona de Jesús Resucitado, frecuentado en la oración, en la Eucaristía y en la Palabra.

Una espiritualidad de comunión vivida en las compañías, en los grupos, en la comunidad educativa del Oratorio, en la amistad y en el cumplimiento del deber.

Una espiritualidad de compromiso apostólico que llevaba a la transformación cristiana del propio ambiente y los hacía misioneros de sus compañeros.

Una espiritualidad mariana llena de confianza en la ayuda materna de la Virgen.

No concebía la vida del Oratorio sin el tema de la santidad. Contrariamente a la formación que él había recibido y al pensamiento de su tiempo en que la santidad era considerada como algo para privilegiados y como un camino muy difícil, él tiene una mentalidad muy abierta y la entiende como posibilidad para todos y sin muchas complicaciones.



Francisco Besucco

# DOMINGO SAVIO



## INFANCIA

Domingo Savio nació el 2 de abril de 1842 en un pueblecito de Italia, San Juan de Riva, relativamente cerca del lugar donde nació Don Bosco. Sus padres se llamaban Carlos y Brígida. Le bautizaron el mismo día a las cinco de la tarde, en la iglesia de la Asunción.

No existen fotografías de Domingo Savio. Las imágenes que se conocen fueron hechas, con mayor o menor acierto, por diversos pintores asesorados por los familiares, conocidos y amigos. Los rasgos de Domingo se conocen, sobre todo, por los testimonios escritos de compañeros y profesores que lo habían tratado.

Desde pequeño tuvo una salud delicada, como tantos chicos de su época, dado que no existían buenas medicinas contra la fragilidad de los niños.

En cuanto a su manera de ser, Don Francisco Cerruti dice que tenía "un carácter avispado y el ingenio vivo". Alegre, vivaracho, abierto, siempre dispuesto para seguir los buenos ejemplos que veía.

Otros autores lo describen como un muchacho con buena personalidad, con actitudes para trabajos precisos y minuciosos, con capacidad para el esfuerzo, constante y rico en fantasía.

Después de la temprana muerte de Domingo Savio, Don Bosco comenzó a reunir diversos testimonios, con ellos escribió la pequeña biografía que ha llegado hasta nosotros y que fue publicada a los veintiún meses de la muerte de Domingo.

## EL ENCUENTRO CON DON BOSCO

Era costumbre de la época que la primera Comunión se recibiese a los doce años, y en casos excepcionales a los once.

El párroco de Murialdo veía el interés de Domingo por las cosas religiosas: asistía casi a diario a la eucaristía, sabía el catecismo, cantaba en la iglesia, rezaba sus oraciones y el rosario en familia...

Todo evidenciaba que si había alguien preparado para recibir la primera Comunión ése era el hijo del herrero.

La preparación de Domingo para recibir a Jesús fue especialmente intensa aquella mañana del 8 de abril de 1849, aunque ya venía haciéndolo días antes.

Con esta ocasión se sugerían los propósitos que se debían hacer. Domingo, como otros compañeros, escribió los suyos y los guardó para leerlos frecuentemente y recordarlos.

Fueron cuatro y aún hoy en día se pueden leer:

1. Me confesaré frecuentemente y comulgaré cuantas veces pueda.
2. Santificaré las fiestas.
3. Mis amigos serán Jesús y María.
4. Antes morir que pecar.

Estos recuerdos impresionaron vivamente a Don Bosco cuando los conoció. Les dio gran relieve en la biografía de Domingo Savio porque para él era una buena síntesis de la vida del cristiano, y porque permitían ver que hacer bien la primera comunión es poner un sólido cimiento para la vida cristiana.

Domingo Savio había manifestado a su maestro y párroco don José Cugliero el deseo de seguir estudiando y hacerse sacerdote. Éste se lo comentó a su amigo Don Bosco, que narra su encuentro con Domingo de esta manera:

Era el primer lunes de octubre por la mañana. Un niño, acompañado de su padre, se acerca para hablarme.

–¿Quién eres? ¿De dónde vienes?  
–Soy Domingo Savio.

Entonces comencé a hablar con él de los estudios y de la vida que hacía en familia; sintonizamos enseguida: él conmigo y yo con él. Después de un buen rato de conversación, Domingo me dijo:

–Entonces, ¿qué piensa de mí? ¿Me llevará usted a Turín para estudiar?  
–Me parece que hay en ti una buena tela

–¿Y para qué podrá servir esta tela?  
–Para hacer un buen traje y regalárselo al Señor.  
–Pues, si yo soy el paño, usted será el sastre. Lléveme con usted y hará un buen traje para el Señor.



## LA FORMULA DE LA SANTIDAD

Desde los primeros días de su estancia en el Oratorio, Domingo Savio se propuso cumplir todas las normas de la casa y adaptarse a lo que se le iba indicando. Hasta tal punto que llegó a formar un grupo de amigos que se ayudaban en todos los aspectos de la vida de estudiantes y en las prácticas de vida cristiana.

Continuamos el diálogo y, después de manifestarle que podía venirse a Turín, me dijo:  
–Espero portarme de tal modo que jamás tenga queja de mí.

Además procuraba ayudar a los que llegaban por primera vez al Oratorio.

Un día llegó al Oratorio un joven de 15 años llamado Camilo Gavio. Los primeros días no conocía a nadie y comenzó a estar solo y sentirse triste.

Dándose cuenta de ello, Domingo Savio se le acercó y le invitó a pertenecer a su grupo y a seguir su estilo de vida, que era procurar la santidad.

Camilo agradeció la invitación pero quedó desconcertado, por eso le dijo:

–Domingo, lo que me propones me agrada, pero no sé cómo actuar.  
–No te preocupes, es muy fácil, te lo diré en dos palabras: aquí hacemos consistir la santidad en estar siempre alegres. Nosotros procuramos evitar todos los comportamientos negativos que roban la paz del corazón.

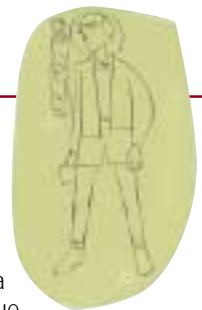
Desde aquel día Domingo Savio y Camilo fueron grandes amigos, y éste no volvió a estar solo.

## LOS MUCHACHOS DE DON BOSCO Y EL COLERA

Los calores del verano habían reavivado la plaga del cólera del año anterior, si bien no con la virulencia de entonces. De nuevo Don Bosco colaboró con las autoridades locales y dividió a los voluntarios de sus muchachos en tres grupos para atender directamente a los enfermos.

Domingo Savio estaba ahora entre los voluntarios. Él protagonizó

un hecho el día 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen, que llenó de alegría a Don Bosco y que no dudó en calificarlo de prodigioso. Domingo iba en el grupo de los que recorrían las calles buscando enfermos. Al llegar a una casa situada en la calle Cotto-



lengo, llamó a la puerta y preguntó al dueño, que salió a abrir:

—¿Hay aquí alguna persona enferma de cólera?

—No, gracias a Dios, no hay ninguna.

—Sin embargo, creo que aquí hay algún enfermo.

—Perdona, muchacho, habrás confundido esta casa con otra, porque aquí estamos todos sanos.

Ante esta negativa tan contundente el chico salió un momento, miró alrededor, y después volvió a entrar: —Por favor, busque con gran atención, porque en esta casa debe haber una enferma. Ante la insistencia del muchacho, aquel hombre accedió a mirar.

Acompañado de Domingo recorrieron la casa hasta el último rincón. Y para su sorpresa, en un cuchitril encontró a la señora de la limpieza gravemente enferma. Desgraciadamente nada se pudo hacer por su salud, se avisó a un sacerdote, recibió los auxilios espirituales y murió.

## UNA LLAMADA A LA SANTIDAD

En uno de los domingos de cuaresma, Don Bosco dio una charla a sus muchachos sobre la importancia de hacerse santos, y de lo fácil que era conseguirlo. Se centró en tres aspectos: es voluntad de Dios que todos seamos santos, es fácil lograrlo; un gran premio espera en el cielo a quien lo consiga.

Aquella charla impactó profundamente a Domingo. Durante unos días no era el



mismo, no estaba tan alegre como de costumbre, y algunos compañeros se le acercaron para preguntarle qué le pasaba. Continúa narrando Don Bosco:

Yo mismo, pensando que estuviera enfermo, le pregunté si padecía algún mal.

—Al contrario, padezco un bien.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que siento un gran deseo y la necesidad de hacerme santo; yo no pensaba que fuese tan fácil, pero ahora que he comprendido que se puede conseguir incluso estando alegre, lo deseo con todas mis fuerzas, y tengo necesidad absoluta de conseguirlo. Dígame cómo tengo que comportarme para comenzar tal empresa.

Alabé su propósito, pero lo exhorté a no inquietarse, porque con el espíritu alterado no se escucha la voz del Señor; y le dije que yo quería en él en primer lugar una constante y moderada alegría.

Después le aconsejé que fuese perseverante en el cumplimiento de sus deberes de piedad y de estudio, y le recomendé que no se olvidase de jugar en los recreos con sus compañeros.

Otro día le dije que deseaba hacerle un regalo, pero que quería que lo eligiese él. Sin pensarlo, me respondió:

El regalo que le pido es que me haga santo. Yo quiero darme totalmente al Señor y siento la necesidad de hacerme santo, y si no lo consigo, no hago nada. Dios me quiere santo, y debo lograrlo.



## LA VERDADERA SANTIDAD

Con su deseo de hacerse santo, Domingo Savio comenzó a inclinarse hacia un estilo de vida cristiana seria, triste y rara; y Don Bosco le hacía ver que la amistad con Jesús es fiesta, alegría, optimismo, confianza y esperanza. Era suficiente la frecuencia de los sacramentos, el deber bien cumplido y la ayuda a los compañeros.

No le fue fácil a Don Bosco hacer comprender la auténtica vivencia de la fe a Domingo.

Pese a los consejos y prohibiciones claras, en una ocasión descubrió que Domingo dormía en pleno invierno sólo con la colcha.

Le preguntó:

—¿Por qué haces esto? ¿Quieres morirte de frío?

—No. No moriré de frío. Jesús, en la cueva de Belén y en la cruz, estaba menos cubierto que yo.

Desde entonces le prohibió formalmente hacer ninguna penitencia sin

su permiso. Domingo quedó triste. Don Bosco le insistió:

–La penitencia que el Señor quiere de ti es la obediencia. Obedece y te basta.

–¿De verdad que no me permite ninguna penitencia?

–Sí. Te permito la penitencia de soportar con paciencia los insultos con que te ofendan, aceptar con resignación el calor, el frío, el viento, la lluvia, el cansancio y todas las incomodidades de la salud que Dios te mande.

–Pero esto se sufre por necesidad.

–Lo que tengas que sufrir por necesidad, ofrécelo a Dios y se convertirá en virtud y mérito.

Después de algunas conversaciones como ésta, Domingo comenzó a practicar lo que Don Bosco le decía y a no hacer cosas raras.

Aprendió a vivir alegre con los baños en el invierno y con los colores del verano; a no quejarse por la comida o las incomodidades de la pobreza; a aguantar con paciencia y sin buscar la venganza los infortunios de los compañeros; a estar siempre disponible para quien le pidiese ayuda, y a prestarse voluntario el primero para hacer cualquier trabajo extra.

## UN GRUPO DE AMIGOS PARA AYUDARSE Y HACER EL BIEN

En los años que Domingo Savio estuvo en el Oratorio estaba reciente la proclamación del dogma de la Inmaculada. Este hecho y la devoción que se tenía a María, motivaron a Domingo a dar el nombre de Compañía de la Inmaculada a un grupo de amigos que se reunían para ayudarse y hacer el bien.



Durante todo el curso le estuvo dando vueltas a la idea y preparando los estatutos. Todo estuvo listo para el 8 de junio de 1856, fecha en que quedó oficialmente constituida.

Entre los compromisos que adquirirían los miembros de esta Compañía estaban la frecuencia de los sacramentos, procurar imitar a Jesús, y el acercarse a los compañeros menos ejemplares para tratar de ayudarlos a mejorar.

La idea de esta Compañía fue iniciativa de los muchachos, no de Don Bosco. Domingo inició la de la Inmaculada con José Bongiovanni, Miguel Rua, Celestino Durando y otros. Más adelante se formaron otras agrupaciones. En todas ellas el protagonismo era de los jóvenes, tanto para los estatutos, la elección de dirigentes, el funcionamiento de las asambleas y los compromisos marcados. Don Bosco intervenía solamente en caso de producirse grandes problemas, se marcaran metas desproporcionadas a sus fuerzas o que fueran contra el reglamento de la casa.

Domingo Savio supo escoger a los mejores compañeros para la Compañía de la Inmaculada, justamente los mismos en quienes Don Bosco se fijó después para invitarles a ser los primeros salesianos.

## LA ENFERMEDAD DE DOMINGO SAVIO

La salud de Domingo iba de mal en peor. En el mes de febrero de 1857 empeoró tan notablemente que se vio obligado a guardar cama muchos días. La tos se hacía más fuerte y las fuerzas le abandonaban.

Todo apunta a que Domingo estaba persuadido de su próximo fin y ponía suma atención en hacer en todo momento el bien. Don Bosco mismo afirma que así se lo confió en alguna conversación.

Los médicos aconsejaron que Domingo se fuera con sus padres para descansar y tratar de recuperar las fuerzas. La fecha acordada por Don Bosco y el padre de Domingo para dejar el Oratorio y regresar a Mondovio fue el domingo 1 de marzo.

Los amigos trataban de animarle diciendo que una vez restablecido volvería con ellos, pero él replicaba que estaba seguro de que ya no volvería nunca. Don Bosco, por su parte, cuenta que Domingo la víspera del viaje le preguntaba mil cosas sobre cómo debía comportarse en la enfermedad para agradar a Dios, y si después de muerto podría seguir viendo el Oratorio, a sus compañeros y si podría visitarlos en alguna ocasión. Don Bosco trataba de animarle, consolarle con buenos consejos y recordarle que lo importante era hacer la voluntad de Dios.

La mañana del día 1 asistió por última vez a la Eucaristía de Don Bosco y durante el resto de la mañana se fue despidiendo de todos sus educadores y compañeros.

A las dos de la tarde subió Domingo con su padre al carruaje, se alejaron del Oratorio en dirección a Castelnuovo. Atrás dejaba Domingo su segundo y más querido hogar, en donde había estado feliz durante dos años y medio.



## LOS ÚLTIMOS DÍAS

En los últimos días que Domingo pasó en su casa, recibió la visita del párroco y estuvo charlando con él durante un buen rato. Después de despedirse, Domingo durmió durante una media hora. Luego despertó y dijo:

–Papá

–Aquí estoy, Domingo, ¿qué te ocurre?

–Querido papá es la hora, toma mi libro de oraciones y lee.

El padre hizo lo que Domingo le indicaba y con voz temblorosa fue leyendo las oraciones.

Domingo repetía atenta y serenamente las invocaciones.

Al cabo de un tiempo, como si despertara, dijo con voz clara y alegre dirigiéndose a sus padres, que estaban acompañados de otros vecinos:

–No lloren: yo veo ya al Señor y a la Virgen que me esperan con los brazos abiertos.

Y con estas palabras expiró tranquilamente. Eran las diez de la noche del lunes 9 de marzo de 1857. Domingo tenía 14 años y once meses.

Al día siguiente, su padre escribió a Don Bosco comunicándole la muerte del hijo y los últimos momentos de su vida. Cuando llegó la noticia al Oratorio, todos la recibieron con sentido dolor. Don Bosco se lo comunicó a los chicos y les recomendó vivamente que lo tomaran como modelo.



# EXPERIENCIAS

**Carlos David Marroquín Mena**

*Conocido como El Brother. 35 años, salvadoreño. Trabaja como catequista del Colegio Santa Cecilia, de Santa Tecla, El Salvador. Animador de retiros espirituales de alumnos, educadores, personal administrativo y de servicios generales. Catequista para los sacramentos de iniciación. Coordinador de las reuniones del Consejo Educativo Pastoral del Colegio. Apoya los grupos juveniles en sus encuentros pastorales. Educador en la fe de alumnos de bachillerato.*



La espiritualidad salesiana me ha proporcionado una vida rica en experiencias pastorales, las cuales han ido dando sentido de autenticidad a mi propia existencia. El Dios de Jesús se me revela a través del trabajo con los jóvenes. Mis experiencias pastorales me proporcionan, sobre todo, paz, alegría y fortaleza.

En los años setenta fui oratoriano en el Instituto Ricaldone. Estudié en el Colegio Don Bosco. En 1985 ingresé al gru-

po Iglesia Joven y comencé como catequista del oratorio, en el Ricaldone. Ese mismo año comencé a colaborar en la animación de retiros espirituales en el Colegio Don Bosco. Fundé el grupo mariano.

En 1993 me gradué como licenciado en Ciencias de la Comuni-

nicación por la Universidad Don Bosco. Al año siguiente comencé a trabajar en el Colegio Santa Cecilia y me incorporé al equipo nacional de pastoral salesiana.

Me siento llamado a compartir lo mejor que tengo. Me enriquezco al poder ofrecer el mensaje liberador de Jesucristo a los jóvenes. Existe en mí la capacidad y el deseo de vivir mi vida al servicio del Reino de Dios. Me siento lleno cuando guardo silencio y escucho a las personas que me abren su corazón. Contemplo con alegría el fruto de mi trabajo reflejado en actitudes cotidianas de los destinatarios. Sencillamente, me siento llamado a trabajar pastoralmente con las personas.

**Rina Lucrecia García Aquino**

*32 años, guatemalteca, secretaria; encargada de la oficina de pastoral juvenil de la Parroquia La Divina Providencia; miembro del consejo nacional de Cooperadores Salesianos y Salesianas de Guatemala y miembro del consejo juvenil salesiano.*



las reuniones de grupo los sábados por la tarde y realmente aprendía algo nuevo cada vez. Fue importante para mí sentirme parte de un grupo y acercarme a Dios de una manera alegre y en un ambiente de familia, fortalecer los valores humanos y cristianos, descubrir que soy creación de Dios y descubrir el valor

que cada uno tenemos en cuanto hijos e hijas del mismo Padre, llamados a ser hermanos.

El primer salesiano que conocí fue el P. Enrique Morales, quien era enton-

ces nuestro asesor espiritual; estaba siempre presente en nuestras reuniones amenizando con canciones y participando de las dinámicas con los jóvenes.

Para mí era una novedad ver a un sacerdote activo y sobre todo que estuviera con los jóvenes participando de las actividades. Con el tiempo, a través de la formación que nos daban en el grupo, fui conociendo más a Don Bosco y sabiendo que para él lo más importante eran los jóvenes. Entonces comprendí por qué los Salesianos tienen ese carisma con los muchachos. Realmente me gustó.

Fue así cómo empecé a trabajar en el grupo y a servir en los retiros. En el grupo se realizaban momentos de formación y de espiritualidad. Compartíamos actividades con los demás grupos que formamos la comunidad juvenil. Con el tiempo empecé a comprometerme más y a ser parte de la directiva del mismo, a participar de las actividades del Movimiento Juvenil Salesiano, y ser parte del consejo nacional del MJS. Estas experiencias me han hecho vivir la espiritualidad juvenil salesiana y comprender lo que Dios quiere de mí.

En el año 2000 hice mi Promesa de Cooperadora Salesiana, gracias a la invitación que me hiciera el P. Sergio Checchi. Este salesiano ha sido una persona muy importante para mí en este camino y lo sigue siendo, ya que trabajamos juntos para los jóvenes en la comunidad juvenil. Creo que todo me ha ayudado a crecer y a madurar como persona, a conocer a Don Bosco, a la Familia Salesiana y a los jóvenes, que me hacen sentir la alegría de vivir en santidad.

Es lo que me tiene aquí; y si Dios quiere seguiré al pie del cañón, bajo la guía de Don Bosco. Soy feliz por eso.

## Mariano Enrique Zepeda Figueroa

*24 años, psicólogo. Trabaja en el Instituto Salesiano San Miguel, en Tegucigalpa, Honduras como asistente del encargado de pastoral. Asesor del Movimiento Juventud. Colaborador del Movimiento Juvenil Salesiano. Integrante del Encuentro de Jóvenes en el Espíritu.*



que muy pobres, dado que entonces tenía apenas seis años.

Estudí en el Instituto San Miguel, en el que me sentí como en casa desde el principio. Como estudiante tomé parte en actividades que me influenciaron en el ámbito académico y en mi formación humana y cristiana.

Al año de haber terminado mi estudio en el San Miguel, comencé a realizar algunos trabajos con el padre Rodolfo Guzmán, quien me introdujo al mundo del trabajo salesiano. Desde entonces fue creciendo mi interés por este tipo de actividad.

Creo que a partir de esta año ha de comenzar una etapa nueva de mi labor en la obra de Don Bosco, ahora desde el ámbito profesional. Desde que inicié mi formación universitaria la enfoqué hacia el trabajo en mi querido colegio. Sea cual sea la función que uno realice dentro de una casa de Don Bosco, lo importante es hacerla con amor, pensando en los destinatarios de nuestra labor, hacerla como aquellos salesianos y laicos que nos ha precedido y los cuales han sido la fuente de inspiración para que nosotros tengamos el deseo de seguir con la obra.

## José Fabián Garro Aragón

*27 años, exalumno salesiano del Técnico Don Bosco (Costa Rica), ingeniero en electrónica; profesor de electrónica en el Colegio Técnico Don Bosco y en la Universidad Central Costarricense; cofundador de Iglesia Joven en Costa Rica; encargado del ministerio de evangelización y catequesis del mismo grupo, integrante de la escuela nacional de formación de líderes salesianos.*



Tuve mi primer encuentro con la espiritualidad salesiana en 1983. Mi abuelita me llevaba con frecuencia a la casa de las obras sociales de Sor María Romero, a dos cuadras del Colegio Técnico Don Bosco. De regreso a casa, pasábamos frente a una bella escultura de Don Bosco y Domingo Savio, que

me inspiraba el deseo de convertirme en ese joven, que con tanto cariño miraba al sacerdote que le sonreía.

En una ocasión mi abuelita decidió entrar a la iglesia, en cuyo frente estaba la mencionada imagen. Nos recibió un sacerdote vestido como el de la escultura. Me tendió los brazos y me dijo que no tuviera miedo a la oscuridad de la noche, que Dios enviaba ángeles custodios para cuidarme. Hasta hoy no he podido averiguar el nombre de ese sacerdote; y tampoco he logrado explicar cómo conocía mi más grande miedo de la infancia

La espiritualidad juvenil salesiana es para mí un desafío constante que me invita siempre con una sonrisa a transformar las condiciones que generan desigualdad y marginación; a ver con espe-

ranza y optimismo el sufrimiento humano desde la óptica de la cruz, que proclama una resurrección venidera a dicho sufrimiento.

En 1993 recibí una hermosa lección. El P. José Coró era entonces nuestro consejero en el Colegio Técnico Don Bosco, yo cursaba mi quinto año y la sección a la que pertenecía se caracterizaba por sus constantes travesuras. Un día el grupo esperaba la vista del padre Coró para un castigo severo por una travesura mayúscula. Cuando el padre abrió la puerta del aula, todos hicimos un silencio sepulcral, esperando el gran regaño merecido. Para sorpresa de todos, de los labios del sacerdote salieron las siguientes

palabras: “Queridos muchachos, hoy mi corazón está muy triste, pues mis preferidos no han correspondido al cariño que les tengo; lo que han hecho ha estado muy mal y me duele mucho”. Dio media vuelta y se marchó.

Para nosotros esto fue peor que el peor de los castigos y significó nuestro cambio hacia la obediencia y el buen comportamiento, a sentir el amor que de nuestro consejero. A partir de ese momento nuestro grupo sería una de las mejores secciones del Instituto. “... No con golpes, sino con amor, Juanito...”

Mi elemento preferido de la espiritualidad juvenil salesiana es el amor, expresado en las circunstancias más comunes de la vida, como por ejemplo un saludo. Muchos recordarán la forma tan especial con que algunos salesianos nos saludan cada vez que nos ven. Eso es una muestra sencilla de repartir a Dios en lo cotidiano.

No olvidó la dimensión mariana de nuestra espiritualidad juvenil salesiana: confianza plena en la ayuda materna de nuestra amada Madre en momentos de dificultad. “Basta un Avemaría con fe y devoción para que todo salga bien”.

Amar con pasión a Jesús Sacramentado es el más hermoso sello que la espiritualidad juvenil salesiana ha dejado en mi vida.

Promoví también la educación en la fe, con dimensión sacramental, con insistencia en la eucaristía.

## Ileana Núñez

*Tercera de cuatro hermanos. Padres católicos que están en movimientos católicos de adultos.*

Ingresé al Movimiento Juvenil Salesiano en el Centro Juvenil Don Bosco de Managua, Nicaragua, cuando tenía 14 años, en EJE. Luego realicé la experiencia ESCOGE, que me ayudó a descubrir y desarrollar roles de animación y liderazgo.

Mi interés por entregar parte de mi vida a una experiencia de entrega misionera inició en 1996. El año siguiente comencé mi trabajo pastoral en la misión salesiana en Darién, Panamá. Fue inolvidable e influyó grandemente en mi persona. Debí asumir una cultura nueva. Me impresionaron los valores de la gente: la hospitalidad sencilla, el ingenio creativo, la alegría de sus habitantes y la gran capacidad del sentir estético. El paisaje, la luz, el calor, la textura de las paredes de sus casas y los tonos de la piel de su gente: todo eso impactó mi alma.

Al regresar, fui invitada a trabajar en la pastoral del Centro Juvenil Don Bosco, junto al personal educador de los Talleres de Capacitación. Las exigencias de este servicio me obligaron a profundizar mi formación personal.

Me interesé en la promoción de valores humanos y cristianos en los grupos juveniles mediante encuentros formativos.

La formación que recibía me ayudó a descubrir el valor de la oración. Jesús fue y será mi camino, mi verdad. Aumentaba cada día mi capacidad de entrega. Algunos salesianos influyeron en mi maduración espiritual: P. Gerardo Hernández, Hermano Francisco Barrios, P. Miguel Giorgio. De ellos aprendí a apreciar el don de la vida y a servir.

Subrayo tres elementos que considero básicos en el camino cristiano: oración, servicio y optimismo.

Subrayo tres elementos que considero básicos en el camino cristiano: oración, servicio y optimismo.



*Don Bosco es un 'educador santo', se inspira en un modelo santo –Francisco de Sales-, es discípulo de un 'maestro de vida espiritual santo' –José Cafasso- y entre sus jóvenes sabe formar un alumno santo –Domingo Savio..*

*Juan Pablo II*